

## *España, perdida y recobrada.*

SERAFÍN FANJUL

*"...e porque non sea mi fabla prolixa,  
callo fazañas de mas maravilla."  
(J. de Mena, *Laberinto de Fortuna*).*

La conmoción fue brutal. La Hispania visigótica no sufrió una mera conquista, un cambio de régimen o uno de los recurrentes asesinatos de reyes que sustituyeran unos nombres por otros pero dejaban intactos los mecanismos de poder, las superestructuras culturales y la concepción de la vida y el mundo. Ni siquiera se trataba de una facción sectaria que provocase rivalidades, exilios y muertes, como sucediera con los priscilianistas o durante la pugna entre arrianos y católicos. Los hispanorromanos habían aceptado la imposición de la casta germánica y ésta, paralelamente, se veía sometida a un proceso de asimilación cultural, muy avanzado ya a principios del siglo VIII. Así, el tipo de letra visigoda va a sobrevivir hasta el año 730 (fecha del *Oracional de Verona*) en tanto la llamada visigótica redonda aparece el 775 (Diploma del rey astur Silo) y dura en Cataluña hasta el siglo IX y en el resto de España alcanza el XII<sup>1</sup>. La impronta cultural visigoda, la pervivencia de su derecho, así como la permanencia del sustrato hispanolatino no pudieron borrarse de manera repentina porque los musulmanes conquistadores carecían de medios para ello, pero sí se produce un cataclismo político y social que afectará a una parte de la Península a lo largo de varios siglos.

Sin embargo, en estas páginas no nos interesa tanto precisar en qué forma se desarrollaron unos acontecimientos históricos (los de la ocupación y comienzo de la aculturación de Hispania) de los cuales, en realidad, se sabe muy poco, como la impresión y reacciones que generaron en los hispanos contemporáneos. Es decir, qué huellas se grabaron en la sociedad de ese tiempo y de los venideros. De modo súbito y simultáneo, caen sobre los vencidos una religión totalizadora y absorbente en la plena efervescencia de su triunfo militar, una organización social que todavía no había superado dentro de sí misma el estadio tribal y una cultura embrionaria en total deuda con los países recién conquistados y aun alejadísima de los esplendores futuros: piénsese, por ej., que en 711 la escuela gramatical de Basora y, por consiguiente, la codificación lingüística, literaria, etc. no estaba ni en veremos, o que aun faltaban ochenta años para el nacimiento de

---

<sup>1</sup> J. M. Ruiz Asencio, "La escritura y el libro", en *España Visigoda*, vol. 2, tomo III de *Hª de España* de R.M.-Pidal, pág.164.

al-Yahiz, primer prosista árabe de dimensión universal. Aunque no vislumbremos con nitidez -por la pérdida de infinita documentación, así como por la lejanía temporal- el estado de ánimo de las víctimas de entonces hacia los conquistadores foráneos, sí sabemos que en la visión del *musulmán, árabe o moro* en la historiografía cristiana medieval hay dos etapas bien diferenciadas, como señala M<sup>a</sup> J. Viguera<sup>2</sup>: en primer lugar, los textos comprendidos entre los siglos VIII al XI, etapa de preponderancia islámica; y, en segundo término, las producciones que van del XI al XV, en que los reinos cristianos ocupan de modo paulatino y creciente la hegemonía en todos los órdenes. En la fase inicial, al-Andalus se ve como un peligro<sup>3</sup> -nada imaginario, añadimos nosotros- ante el cual es forzoso resistir para sobrevivir, primero que nada; y posteriormente esbozar la recuperación, rasgo que comienza a intuirse a partir del siglo IX. En el segundo período, alejado el enemigo hacia el sur, el Islam deja de ser sinónimo de desaparición física de los cristianos norteños para convertirse en un problema<sup>4</sup> de solución trabajosa y lenta pero posible, un polo de atracción negativa que galvaniza todas las conciencias y brota a cada paso en la literatura, suscitando, como mínimo, el deseo de recuperar por entero la integridad política y religiosa de la Península.

La *Crónica bizantina de 741* y la *Crónica mozárabe de 754*<sup>5</sup> reflejan bien la imagen de brutalidad cruel de los musulmanes, tal como los veían, o los querían ver, los mozárabes, quienes más los padecían en directo. Pero será en el reinado de Alfonso III (866-911) y al socaire de la incipiente reconquista, cuando la *Crónica profética* anuncie ya la vuelta del reino de los godos y la recuperación de todo el suelo de España bajo la égida del mismo rey. A esta crónica cabe agregar la de Alfonso III y la de *Albelda*: en ellas se delinean los ejes de la concepción posterior del moro: crueldad, predisposición aleve, cobardía y lujuria<sup>6</sup>. Con todo, la principal atención en los siglos subsiguientes de cara a un suceso tan destacado como la pérdida de España y su conversión en un país distinto al que existía antes de 711, se centra en las causas de la catástrofe. Y, de manera natural, se elabora un conjunto de leyendas que puedan explicar, ya que no excusar, un acontecimiento tan dramático. En esas historias apenas asoman los árabes o musulmanes, sino que la hecatombe histórica se achaca a nuestros pecados, por usar la expresión popular, o más exactamente al yerro culposo de los magnates

---

<sup>2</sup> M<sup>a</sup> J. Viguera, "Al-Andalus como interferencia", en *Comunidades Islámicas en Europa*, Madrid, Trotta, pág. 63-64.

<sup>3</sup> Viguera, *id. ibid.*

<sup>4</sup> Viguera, *id. ibid.*

<sup>5</sup> Viguera, *id. ibid.*

<sup>6</sup> Viguera, *id.* pág. 64.

godos, desencadenador de la ira divina: el castigo de Dios toma por brazo ejecutor a los moros, pero su origen se halla en transgresiones, incumplimientos y vergüenzas manifiestas de esos príncipes que, de tal guisa, dejan a su pueblo expuesto a la justicia del Cielo. La culpa, o el pecado original, de nuevo generalizados, se abaten sobre los hispanos y éstos deben purgar con siglos de sometimiento y alienación las andanzas de Vitiza, don Rodrigo o don Julián.

Pese a ser la más difundida y vulgarizada, la leyenda de Florinda y don Rodrigo no es la única que se crea para fundamentar la caída de España. Menéndez-Pidal puso de manifiesto el origen oriental, o de tradición musulmana, que cabe endosar a otras, como el episodio del talismán encerrado en Toledo y cuyo secreto el rey godo violentara, cometiendo así la transgresión que acarrearía la punición divina<sup>7</sup>; e idéntica procedencia adjudica a la leyenda del palacio trancado con tantos cerrojos como soberanos gobernarán en el reino, forzadas las puertas por la irresponsable y temeraria acción de Rodrigo que, obsesionado por conocer el contenido del edificio, abre sellos y candados y sólo encuentra en su interior la profecía -pintada- de la irrupción de los árabes, recibiendo más tarde el castigo merecido y arrastrando a sus súbditos a purgarlo con la conquista musulmana<sup>8</sup>. Pero también corrieron otras historias, en el Norte, v.g. acerca del rey Vitiza, a quien los cristianos allí supervivientes motejaron de depravado y cuyas sevicias e inmoralidades habrían atraído la cólera del Cielo para perdición de España. Así lo refieren en el siglo IX las ya mentadas *Crónica Albeldense* y la de *Alfonso III* que, además, achacan el fácil éxito árabe a las traidoras maniobras de los hijos de Vitiza, lo cual concuerda malamente con otras historias en circulación, en que el protagonismo de la traición es exclusivo del conde Julián<sup>9</sup>. Por contra, la leyenda mozárabe de la hija de Julián era desconocida en Asturias, pues los escritos del Sur llegaban difícilmente a los cristianos norteños, hasta el punto de que éstos ignoraban, incluso, la *Crónica mozárabe de 754*<sup>10</sup>, asomando la primera mención de Julián en el Norte a principios del XII -nada menos- con posterioridad a la reconquista de Toledo, en la *Crónica Silense*<sup>11</sup>. El tema del pecado y arrepentimiento del rey Rodrigo, versificado todavía en el siglo

---

<sup>7</sup> R. M.-Pidal, *Floresta*, vol. I, pág. XLVI.

<sup>8</sup> "De como el rey Rodrigo abrió el palacio que estava cerrado en Toledo et de las pinturas de los alaraves que vio en el panno" (*Primera Crónica General de España*, vol. I, cap. 553, 307, public. R.M.-Pidal, Madrid, Gredos, 1955).

<sup>9</sup> R.M.-Pidal, *Floresta*, I, XLIX.

<sup>10</sup> R.M.-Pidal, *Floresta*, I, XLVIII.

<sup>11</sup> R.M.-Pidal, *Floresta*, I, XLIX.

XV, por ej., por Juan de Padilla el *Cartuxano*<sup>12</sup> y por el Romancero, encontró su principal apoyatura y difusión medieval en el relato de la "pérdida de España", relativamente *objetivo*, que recoge la *Primera Crónica General de España* de Alfonso X<sup>13</sup> iniciado bajo el título *De la fuerça que fue fecha a la fija o a la muger del cuende Julian, et de como se coniuero por ende con los moros*.

La leyenda de Rodrigo coincide en motivaciones, planteamiento y desarrollo con las noruegas del rey Sigurd Sleva forzador de Olava, o de Ermanrico, violador de Odila. En la versión española, el ofendido Julián se venga sembrando funestos consejos en el oído del ofensor, de manera pareja al ardid del ultrajado Sifka en la historia de Ermanrico<sup>14</sup>, así el anónimo *Poema de Fernán González* (circa 1250), contemporáneo del rey Sabio relata la añagaza de Julián al aconsejar a Rodrigo desarmar el reino pues, según él, éste carecía de enemigos:

*Manda por tod el rreyno las armas desatar,  
dellas fagan açadas para vynnas labrar,  
e dellas fagan rrejas para panes senbrar,  
cavallos e rroçines todos fagan arar*<sup>15</sup>

La ingenua estratagema del traidor produce el efecto deseado y la pérdida de España se vuelve inevitable, con su secuela de desgracias en que aparece de nuevo retratado el mundo que el Islam simboliza para los cristianos españoles del Medievo:

*Espanna la gentyl fue luego destruyda,  
eran sennores della la gente descreyda,  
los cristianos mesquinos avyan muy mala vida,  
nunca fue en cristianos tan ggrand cuyta  
venida.*

*Dentro en las yglesias fazían establias,  
fazían en los altares muchas fieras follías  
rrobavan los tesoros de las sacristanías,*

---

<sup>12</sup> "De como hallaron al Rey D. Rodrigo en un gran cenagal, penando y llorando su grave pecado: y como vino allí subitamente el Rey Pelayo, y dixo la causa de la pena de este Rodrigo; y cuenta Pelayo brevemente la destrucción de España, que es cosa de dolor" (Juan de Padilla el Cartuxano, en *Cancionero castellano del siglo XV*, I, pág. 358 y ss., Madrid, 1912).

<sup>13</sup> *Primera Crónica General de España*, vol. I, caps. 554 a 559, págs. 307-314, public. R.M.-Pidal, Madrid, Gredos, 1955.

<sup>14</sup> R.M.-Pidal, *Floresta*, I, XXXIII.

<sup>15</sup> *Poema de Fernán González*, 14.

(...)  
*prendian a los cristianos, mandavan los*  
*cozer*<sup>16</sup>.

De tal suerte se sigue reproduciendo cinco siglos más tarde la imagen forjada por los mozárabes de mediados de la octava centuria, con la particularidad de que el poeta del *Poema de Fernán González* ya no vive sometido al arbitrio de los musulmanes y cabría -con los paradójicamente cerriles y excluyentes criterios abiertos del siglo XX- exigirle más objetividad o menor carga de propaganda antiárabe, pero ¿pueden mostrarse ejemplos de semejante prurito de imparcialidad en los árabes coetáneos cuando hablaban de los cristianos? Como quiera que sea, la condición del moro reflejada en la literatura en tan dilatado lapso es fruto de las necesidades de la guerra ideológica y la rivalidad sobre un mismo suelo de concepciones dispares de la vida, pero también del contacto y la confrontación permanente: primero como víctimas de las aceifas sistemáticas de los emires (cada verano, como proclama la misma palabra) o las incursiones ocasionales de régulos o alcaides de las fronteras; después en calidad de agresores que, de manera calcada a sus contrarios, entraban en territorio enemigo para talar, destruir y esquilmar las cosechas. Y pese al contacto sostenido -pacífico o beligerante- es frecuente la aparición no ya de condenas o descripciones negativas del moro, sino puros y simples errores, confusiones y concepciones equivocadas: los anacronismos históricos pululan por crónicas y poemas medievales al hablar de los musulmanes, por mera e inevitable ignorancia de los autores.

Como no es nuestra meta hacer juicios de intenciones sino tratar de mostrar un mundo cuya realidad se nos escapa, por buena voluntad que pongamos en el intento, parece oportuno recordar, pese a su obviedad, las enormes dificultades materiales que entrañaban las formas de comunicación de la época así como los endebles medios existentes para elaborar, conservar y difundir el pensamiento, la historia, etc. En algún caso, cuando la proximidad era grande, v.g., en el *Poema de Alfonso XI*, contemporáneo de los sucesos, se llega a precisar hasta lo exquisito en los detalles: "Ya vos nunca veré// ¡ay! Fátima la tunicia"<sup>17</sup>, dice Abū l-Ḥasan al ser derrotado en la batalla de El Salado. Pero esto no es lo más habitual. El error histórico puede circunscribirse al leve de presentar a Fernán González combatiendo con Almanzor (Almozor) en el encuentro de Carazo<sup>18</sup>, (a no ser que el nombre de éste se utilice con el sentido de "rey" moro por antonomasia); o a confundir al *descubridor* Ṭarīf con el *conquistador* Tāriq ("por eso ha este nombre Gibraltar, que llaman los moros Gebeltarif, que quiere decir el monte ó la tierra de Tarif, ca cerca de aquel monte puso su real Tarif Abencied

<sup>16</sup> *Id.*, 26-7.

<sup>17</sup> Estrofa 1712, *Cantares de gesta*, 201, ed. G. Guardiola, Zaragoza, 1971.

<sup>18</sup> *Poema de Fernán González*, pág. 59 y ss.

(sic): é otros le llaman Gebelfat"<sup>19</sup>; o a insistir en la categoría de "rey" para Almanzor (Mudarra juega al ajedrez "delante el rey Almanzor"<sup>20</sup>). Pero la confusión y los errores de bulto crecen en la medida en que los sucesos reseñados se alejan temporal y espacialmente de la España del momento, así en la *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*<sup>21</sup>, el histórico Mahdī Ibn Tumart, promotor de la doctrina almohade, se escinde en dos personajes distintos (Benatumero y Almohadí), mientras los Almohades habrían iniciado -según la Crónica- su misión profética dirigidos por el "Califa de Balac" (sic), alcanzándose el culmen de la incongruencia al entreverarse como aliados y hermanos a etnias, grupos y dinastías que en la realidad histórica no coincidieron en el tiempo o fueron rivales o contrarios sin paliativos. Incongruencia que se pasaría como cuestión menor, de ambientación -en los raros casos donde se detectase por lectores u oyentes avezados- y en todo caso explicable por *sonar* así en la conciencia colectiva de los cristianos, y sin faltar rasgos negativos *de recuerdo* o realimentación de la imagen admitida:

*Los turcos e alarabes, essas gentes ligeras  
que son por en batallas unas gentes çerteras,  
trraen arcos de neryvos e ballestas çerberas,  
destos venien llenos senderos e carreras.*

\* \* \*

*Venien los almohades e los auen marinos,  
trrayen en sus camellos sus fornos e molinos,  
venien los moros todos de oriente vezinos,  
de todos estos eran cobiertos los caminos.*

\* \* \*

*Venien y destas gentes syn cuento e syn tiento,  
non eran d'un logar nin d'un entendimiento,  
más feos que Satan con todo su convento,  
quando sal del infyerno suzio e carvoniento"*<sup>22</sup>

Una tónica de confusión, seguramente no buscada, que perdurará hasta

---

<sup>19</sup> Crónica del Rey don Pedro Primero por Pero López de Ayala, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 403, Madrid, 1953.

<sup>20</sup> *Romancero español*, 355, selec. L. Santullano, Madrid, 1961.

<sup>21</sup> I, 310 y ss.

<sup>22</sup> *Poema de Fernán González*, 117.

el final mismo de la Reconquista y, por supuesto, en autores extranjeros en viaje por España<sup>23</sup>. De modo paralelo, el desconocimiento se nutre del designio de marginar la información veraz sobre moros y éste contribuye a fomentar la ignorancia de las realidades entonces visibles. Así pues, la escasez o ausencia de mitos o leyendas árabes que encontramos en un Gonçalo Martines de Medina<sup>24</sup> - extrapolable a infinidad de escritores- se ve contrapunteada en el mismo poeta, en palmario desequilibrio, por la superabundancia de mitología hebraica (Salomón, Gedeón, Judas Macabeo, Sansón, etc.) y, desde luego, grecolatina: en interminable rínglera la literatura e historia antiguas se extienden ante el lector, en alarde cultista y afirmación consciente o inconsciente de pertenencia a una determinada civilización (Virgilio, Aristóteles, Alixandre, Julio, Darío, Ponpeo, Priamo...). El autor se define tanto por lo que dice como por cuanto calla y la España de la época (siglos XIV-XV) coherente con su reincorporación a la latinidad y con los albores del Renacimiento por cuya luz ya veía, margina más y más como producto de alta cultura los elementos árabes, reducidos al recuerdo de un pasado residual y deliberadamente superado; no por estar marginando a una parte de sí misma - como se ha sostenido con más fantasía masoquista que rigor en nuestra modernidad- sino por vivir la conciencia de *no ser ya* partícipe de otra cultura, por ende enemiga.

Las notas negativas con que se adorna a los moros en los escritos medievales, lastradas de extremosidad como van, resultan irreales precisamente por su exageración y suelen concentrarse en varios aspectos que conforman hasta nuestros días la noción popular -y no sólo- española en torno a los árabes. No obstante, para ser equilibrados, no puede pretenderse que todo se deba a pura invención y mala fe, postura tan extrema y desafortada como la contraria: nada surge de la nada y la confrontación y el roce permanente no podían por menos que originar de uno y otro lado conceptos elementales y simplificaciones con las cuales fortalecer y justificar las posiciones y actos propios, en detrimento de la razón y de cualquier consideración humanitaria. Por consiguiente, el moro acapara ideas como salvajismo, engaño, rapiña, salacidad, traición, crueldad..., provocando, antes que nada, miedo y, de seguida, reacción defensiva: "Las sus caras dellos negras como la pez, el más fremoso dellos era negro como la olla, así luzían sus oios como candelas (...). La vil yente de los affricanos que se non solie preciar de fuerça nin de bondad, et todos sus fechos fazie con art et a enganno.." <sup>25</sup>; o "la

---

<sup>23</sup> Münzer, en 1494, en la recién reconquistada Almería escribe: "...en donde su cadí, esto es, el *supremo sacerdote* (el subrayado es mío, S.F.) les hablaba (...) en tiempo de los sarracenos tenía cincuenta sacerdotes, a los que llaman faqués (faquinos) que atendían a los oficios divinos" (Münzer, 75): huelga, tal vez, aclarar que en el islam ni hay *sacerdotes*, ni los alfaqués tienen por misión atender a los *oficios*.

<sup>24</sup> *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, pág. 389, Buenos Aires, 1949.

<sup>25</sup> *Primera Crónica*, I, 312, cap. 559.

*brava*<sup>26</sup> Galicia con la Tingitania// donde se cria *feroce*<sup>27</sup> la gente<sup>28</sup>; o "vienen de todos lenguaxes,// barbaros, coros, guineos,// turcos, armenios, hebreos, alarabes y caldeos;// los muy robustos salvajes"<sup>29</sup>. El moro, en cuya personalidad se subsumen pueblos numerosos y de esto es sabedor el escritor español, suscita terror por el recuerdo omnipresente -y cercano- de sus fechorías, verdaderas o infladas. Así el Rey Sabio acude a los *zenetes/genetes* para ridiculizar la cobardía de ciertos combatientes cristianos (coteifes):

*O genete  
pois remete  
seu alfaraz corredor:  
estremece  
e esmorece  
o coteife con pavor*<sup>30</sup>.

Falsías y mentiras son, también, cosa de moros ("...y vos la falsa cruel// tan Mahomad como dantes"<sup>31</sup>); el que se excede charlando recibe su merecida comparación ("Parlador como alfaquí"<sup>32</sup>); la nobleza moral y de estirpe ha de quedar a salvo de sospechas ("De vyl gente sarracena// o agarena// Bien creo que non vernedes"<sup>33</sup>), en tanto la traición es moneda corriente entre moros: Almofalas mata alevosamente en su castillo de Rueda a dos caballeros castellanos (Conde

<sup>26</sup> El subrayado es mío, S.F.: la distinta manera de adjetivar es bien expresiva.

<sup>27</sup> *Id.* nota nº 26.

<sup>28</sup> J. de Mena, "Laberinto de Fortuna o Las Trescientas", en *Cancionero Castellano del siglo XV*, I, 157, Madrid, 1912.

<sup>29</sup> Juan Álvarez Gato, en *Cancionero Castellano del siglo XV*, I, 267.

<sup>30</sup> Alfonso X, *Cantigas de escarnho e de maldizer*, págs. 37-39, Cantiga 21, ed. Rodrigues Lapa, Vigo-Coimbra, Galaxia, 1970.

<sup>31</sup> Juan Álvarez Gato, en *Cancionero Castellano del siglo XV*, I, pág. 231. La falta de fe en los moros viene corroborada en los textos, así en el sitio de Priego (1409) un moro convertido, Fernán Sánchez Almocadén advierte, a los cristianos sobre la naturaleza traidora de sus excorreligionarios: "los moros son tales que no vos ternán cosa de lo que vos prometieren, é moriremos aquí todos, ó seremos captivos..." (Crónica de Juan II, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, II, pág. 312).

<sup>32</sup> A. Álvarez de Villasandino, *Cancionero de Baena*, pág. 143.

<sup>33</sup> J. Alfonso de Baena, *Cancionero de Baena*, pág. 453.



don García e infante don Ramiro) según nos cuenta el Romancero del Cid<sup>34</sup>, apareciendo repetido en otros romances el *leit-motiv* del moro que intenta mediante engaños matar, o mata, a reyes, príncipes o generales cristianos, un pretexto literario, tal vez más que histórico, que hallamos en la *Crónica de Alfonso XI* y cuya repetición en distintas obras indica haberse consolidado como motivo comprensible y hasta esperado por parte del público, del mismo modo que en los actuales filmes Western es casi obligada una persecución final a caballo en que el *bueno* captura al *malo*. Una mecanización de motivos, secuencias, escenas que el lector/oyente aguarda como algo natural por habersele educado -no sabemos si bien o mal- en tal sentido. Así pues, la traición del moro balletero que asesina al Adelantado en el romance de *Alora, la bien cercada*<sup>35</sup> tiene su confirmación temática en el romance de *El cerco de Málaga*<sup>36</sup> cuando un moro pretende ver al rey para matarle, designio fallido por error; el escenario se repite (el asedio a una ciudad musulmana), así como la concatenación de secuencias y funciones (búsqueda de la desmoralización cristiana; intento de asesinato, logrado o no; disfraces o embustes; *aprovechamiento* moral, etc.) y, en todo caso, contraste de virtudes cristianas con el reverso de engaños-simulación-deseos funestos de los moros.

También es lógico el destacado lugar que ocupan en poetas o prosistas las alusiones al pillaje perpetrado por moros y la profusión con que se reiteran; por basarse en hechos reales, no inventados, y por tocar a uno de los puntos más sensibles de todo ser humano (los bienes materiales y las correlativas posibilidad/imposibilidad de subsistencia):

*Avyan a toda Canpos corrydo e rrobado,  
llevavan de cristianos grrand pueblo cabtivado*<sup>37</sup>.

Menciones que por lo frecuente no nos permiten detallar cada caso ni esbozar una lista exhaustiva, pero baste dejar sentada la correlación moros-robo-ganado-cautivos-destrucción-pánico<sup>38</sup>. Es decir, guerra económica y

<sup>34</sup> *Romancero del Cid*, págs. 123-4. Recopilación F.C.R. Maldonado. Madrid, Taurus, 1970.

<sup>35</sup> *Romancero español*, pág. 628-9. Selec. L. Santullano, Madrid, 1961.

<sup>36</sup> *Id.*, 639-641.

<sup>37</sup> *Poema de Fernán González*, pág. 215.

<sup>38</sup> "Et los moros venien robando la tierra// e faziendo mucho daño:// trañan grant poder,// con robo de ganado,// et christianos captivos,;//mal peccado!" (Las mocedades de Rodrigo, en *Cantares de gesta* 128; de igual forma la Crónica del D. Alfonso el Décimo: "E desta vez las sus algaras pasaron el río de Guadalquivir, é robaron todos los ganados que los cristianos avñan pasado el río por miedo de los moros (...) é djole de como los moros eran llegados á Martos, é levaban muy grande presa de

psicológica a un mismo tiempo como nos documenta cumplidamente la misma *Crónica de Alfonso X*: "E otrosí el Rey de Granada facía guerra la más fuerte que podía á los cristianos, é mandaba á los suyos que cuando más non pudiesen facer á sus enemigos, sinon que les follasen la tierra, ca decía que gran parte de la guerra era en "aquí son los enemigos, ó por aquí pasaron los enemigos"<sup>39</sup>. La naturalidad con que se refieren las propias crueldades se torna grito contra la atrocidad cuando se narran las del contrario<sup>40</sup>.

Pese a la proximidad, la imagen del sarraceno se debate entre el realismo más crudo y concreto, basado en hechos, por un lado, y las exageraciones negativas o las idealizaciones más fantásticas por otro: la figura más plausible, aceptable y humana, la del término medio, queda proscrita, tal vez porque raramente, en ninguna latitud, los tonos grises, o las personalidades discretas, han dado buen juego como arquetipos literarios. En la segunda etapa historiográfica indicada por M<sup>a</sup> J. Viguera<sup>41</sup> se incurre en una idealización retrospectiva y a distancia -tal como hacen algunos arabistas contemporáneos nuestros- que tendrá su cénit en la época morisca, en yuxtaposición continua con la condena explícita de los musulmanes vivos, los enemigos de carne y hueso. Se puede exaltar el valor del adversario -para acentuar más el propio al vencerle- como sucede en el *Poema de Alfonso XI*, fechado por Diego Catalán en 1348<sup>42</sup>; o manifestar admiración por las glorias pasadas (y por tanto inofensivas) del contrario, v.g. Almançor, Saladyn, Don Aly el Albuaçem, Albutynen, Osyn, Albutaxafin<sup>43</sup>; o llegar a desarrollar desde tiempos de Juan I de Castilla hasta el de los Reyes Católicos un cierto espíritu caballeresco, de estricta creación literaria, reflejado en los romances fronterizos, en los cuales el caballero cristiano y el musulmán, tras torneos y desafíos acaban haciéndose amigos, ayudándose y sufriendo juntos. Ni que decir tiene que los mayores galardones y triunfos caen de la banda cristiana

---

ganados é de omes é de mujeres cativos...", en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 50; y en la *Crónica de Juan II*, "e los moros talaron todas las viñas é huertas é olivares", *ob. cit.*, II, 305. Etc.

<sup>39</sup> *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 10.

<sup>40</sup> Tras una batalla entre turcos y húngaros reñida en 1396, se refiere en la *Crónica de Enrique III*: "E otro día fizo Amorato (¿Murad?) traer ante sí fasta mil é quinientos cativos de los Christianos, é fizolos facer quartos delante sí, entre los quales eran quatrocientos de los Caballeros nobles Franceses" (*Crónicas de los reyes de Castilla*, II, 246).

<sup>41</sup> Viguera, "Al-Andalus como interferencia", pág. 66.

<sup>42</sup> "Pasados son de Marruecos// muchos osos de las sierras,// atantos son los puercos// que cubren todas las Tierras,// e por señor dellos viene// un jabarí valiente" (Estrofas 1245-6, *Poema de Alfonso XI*, en *Cantares de gesta*, 191).

<sup>43</sup> Pero Ferrus, en *Cancionero de J.A. de Baena*, 343. Los personajes aludidos serían: al-Manşūr, Şalāh ad-Dīn, Abū l-Ĥasan, Abū 'Inān, Ĥusayn, Abū Taşufin.

mientras al moro se rodea de un halo desgraciado no poco romántico. Al respecto, Caro Baroja<sup>44</sup> nos recuerda que las gracias y desgracias de amor, o las intrépidas gestas, de Abenamar, Azarque, Gazul, Abenhumeya, Zaide, Tarfe, Abindarráz, Muza, Reduán, etc. suscitaron tal corriente de entusiasmo como personajes poéticos que no sólo sus andanzas se pregonaron por doquier, sino que, más adelante, provocaron la reacción contraria, cáustica y burlona -estamos hablando ya de los siglos XVI y XVII- en que los vates satirizan a la pobre morisca buhonera y desharrapada ("pañalona", "atacada de bragas"), vendedora de buñuelos, jabón, higos o naranjada<sup>45</sup>: frente al gallardo paladín antiguo, el auténtico morisco, arriero de trapillo. Y, puesto que las relaciones humanas son complejas y con frecuencia contradictorias, también así nos las presentan los textos en unos mismos acontecimientos: la muerte de don Sancho, arzobispo de Toledo, a raíz de la batalla de Martos -apresado, inerme y desnudo- aparece en el romancero como muestra clara de ensañamiento cobarde<sup>46</sup>, mientras la *Crónica de Alfonso X*<sup>47</sup> ofrece un final más acorde con las reglas de caballería imperantes, aunque el muerto se quedó muerto.

En esa visión caballeresca se adjudican al moro los propios conceptos sobre la vida, el combate, las treguas...<sup>48</sup>; el dolor por el daño que ellos mismos causan, por ejemplo a los Infantes de Lara<sup>49</sup>; la generosidad, así en la

---

<sup>44</sup> Caro, *Los moriscos del reino de Granada*, pág. 145.

<sup>45</sup> *Id. ibid.*, pág. 146.

<sup>46</sup> "Desnudáronle las armas// sin vestidos le han dejado// Gran debate hay en los moros// sobre cuál lo habrá llevado// a Abenyza, rey moro,// que allí los había enviado// gran pelea estaba armada,// mas un moro muy malvado// llamado Auenmatar,// dio de espuelas al caballo,// fuese para el arzobispo,// una azagaya en su mano,// dióle por encima del hombro,// en el cuerpo el hierro ha entrado,// Derribólo en tierra muerto..." (*Romancero español*, 544)

<sup>47</sup> "Don Gonzalo Romero, comendador mayor de Calatrava, envió demandar á los moros la cabeza é la mano del Arzobispo, é diérongelo é leváronlo con el cuerpo á Toledo á enterrar"(Crónica del Rey D. Alfonso el Décimo en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 51).

<sup>48</sup> Los moros no quieren matar a un cristiano, precisamente por su valor: "Et él defendía la puerta cuanto podía para que gela non entrasen, é non lo queriendo matar por la grand bondat que en él avía.." (el subrayado es mío, S.F.), Crónica del Rey D. Alfonso el Décimo, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 9.

<sup>49</sup> En una de las versiones del romancero se declara: "El dolor era crecido// que Viara y Galve habían,// capitanes de Almanzor: //a su tío maldecían// en dejar morir hidalgos// de tan alta valentía,// Sácanlos de entre los moros,// que matarlos no querían:// lleváronlos a sus tiendas; // desarmados los habían:// mandáronles dar del pan// y también de la bebida." (*Romancero español*, 347).

idealización caballerosa de Almanzor en el *Cantar de los Siete Infantes de Lara*<sup>50</sup>, que concede a Gonzalo Gustios primero y luego a Mudarra cuanto en su mano está; semejantes modos en desafíos individuales<sup>51</sup>; las mismas fórmulas, conceptos y terminología de sumisión y vasallaje<sup>52</sup>, induciendo a cómicos errores futuros a romanistas que de ahí infirieron la identidad de comportamientos y organización hasta en las normas de urbanidad...La tónica oscila -incluso en un mismo autor- entre la realidad visible y los tópicos literario-socio-ideológicos: "sarracenos, que son parcos en la comida y no beben más que agua. Están consagrados principalmente al cultivo de la tierra y de los campos. Un pagano da al año a su señor más tributo que tres cristianos. Son sinceros, justos y bastante leales", dice Münzer (1494) de los moros de Guadix<sup>53</sup>, si bien podemos preguntarnos qué credibilidad merecen estas interpretaciones del alemán, en un viaje rápido y sin conocer los idiomas de uso en la región, máxime si él mismo asegura páginas más adelante que Mahoma en su *Libro* -por lo cual deducimos que el viajero hablaba de oídas- "coloca su paraíso en los placeres de la comida, de la bebida, en los vestidos, en el amor, en la música<sup>54</sup> y en otros goces carnales, según se escribe a través de todas las páginas del necio Alcorán"<sup>55</sup>, pero de cualquier modo el testimonio de Münzer es bien representativo de una concepción corriente en la época. Una imagen vaga e inconcreta que se presta a evocaciones por igual deletéreas ("Gosté el axarope del grant Çicotry..." dice Ruy Paes de Ribera contra la pobreza<sup>56</sup>) en tanto los tintes fantásticos y de fábula gravitan incluso en obras cuya historicidad global no se discute, tal el *Poema de Mio Cid* precisamente los personajes ignorados o imaginarios presentes en la obra son los moros (Tamin, rey de Valencia; Fáriz; Galve, ¿cruce con el Galib, general

---

<sup>50</sup> Primera refundición hacia 1320. En *Cantares de gesta*, 62.

<sup>51</sup> "Un caballero del rey de Granada veno á los Christianos que estaban en la guarda, et dixoles que fuesen decir al Rey, que venía allí para pelear uno por uno con uno de los caballeros del Rey de Castiella et señaladamente con Alfonso Fernández Coronel...", Crónica del rey don Alfonso el Onceno, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 256.

<sup>52</sup> "Quando esto vio el moro Burgos// de Ayllón muy lozano// fincó los hinojos delante Rodrigo// e bessole la mano, de boca fablando://" A ti digo, el mi señor, // yo so el tu vasallo // et dote de mi haber el quinto, // e tus parias en cada año." (Las mocedades de Rodrigo, en *Cantares de gesta*, 131).

<sup>53</sup> Münzer, 85.

<sup>54</sup> Sobre el particular, *vid.* nuestro artículo "Música y canción en la tradición islámica", *Anaquel de Estudios Árabes*, IV (1993), pág. 57 y ss.

<sup>55</sup> Münzer, 85.

<sup>56</sup> Lo cual "traducido", significaría "Gusté las mieles del gran rey de Socotora", en *Cancionero de Baena*, 323.

de al-Hakam II?; Búcar, difícil de identificar ..) a excepción de Yúçef de Marruecos<sup>57</sup>, contrastando esas fantasías del autor con la historicidad mencionada más arriba o con la minuciosa exactitud de la Geografía aludida.

Los moros, además, representan una imagen de refinamiento, lujo, riquezas incontables, animales exóticos, concretado todo ello en comitivas fastuosas, caballeros de punta en blanco y regalos con justicia denominados principescos: "Et truxieron al Rey muchas donas que le enviaba el Rey Albohazen, que eran muchas espadas guarnidas de oro et de plata, et con piedras et muchos paños de oro et de seda, caballos ginetes, et falcones, et muchos camellos, et unas aves que llaman estruces"<sup>58</sup>. En la conciencia colectiva -inclusive en siglos tardíos en que la situación ya no era esa- el *moro* simboliza el recuerdo del avance técnico, según el patrón acuñado en la Alta Edad Media, ya tan lejana; de tal suerte, si hay que recordar a un médico en el acervo popular, éste será un moro ("Más mató la cena que sanó Avicena"<sup>59</sup>), de la misma forma que se les adjudica el dominio de las Ciencias y en especial de la Astronomía y su ineludible derivada, la Estrellería, con su utilidad práctica de predecir el futuro<sup>60</sup>, por lo cual hasta los éxitos cristianos vienen precedidos por augurios de astrólogos musulmanes<sup>61</sup>, pues no hay empacho alguno en reconocer la autoridad adivinatoria del enemigo, volviendo las profecías más creíbles, por ejemplo la

---

<sup>57</sup> Yūsuf b. Tāšufīn (1059-1116).

<sup>58</sup> Crónica del rey don Alfonso el Onceno, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 268. También en la Crónica del rey don Alfonso el Décimo (*ob. cit.*, I, 8) a las exequias de Fernando III acuden representantes de los sultanes de Granada y Egipto: "E Aben Alhamar, rey de Granada, enviaba al rey don Alfonso para esta honra, cuando la facían, grandes homes de su casa é con ellos cient peones, que traía cada uno un cirio ardiendo de cera blanca. E estos cient cirios poníanlos aderedor de la sepultura do yacía enterrado el rey don Ferrando, é esto facía Aben Alhamar por honra del rey (...) vinieron a él mensajeros del rey de Egipto, que decían Alvandexaver. E trujieron presente á este rey don Alfonso de muchos paños preciados é de muchas naturas, é muchas joyas é muy nobles é mucho extrañas. E cien azorafa, é una asna, que era briada, que tenia la una banda blanca é la otra prieta, é trujéronle otras bestias e animalias de muchas maneras".

<sup>59</sup> Refranes y proverbios glosados de Hernán Núñez, en *Refranero español*, 343, recop. F.C. Sainz de Robles, Madrid, 1944.

<sup>60</sup> "Benatumero, que era gran sabidor en estrellería et en naturas" (Crónica de Alfonso Onceno, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 310); "los moros, byen sabedes, se guían por estrellas, // non se guían por Dios que se guían por ellas, // otro Cryador nuevo han fecho ellos dellas, // diz que por ellas veen muchas de maraviellas" (*Poema de Fernán González*, 140).

<sup>61</sup> Predicción de la caída de Valencia en manos del Cid: "Viendo aquesto un moro viejo // que solía adivinar" (*Romancero del Cid*, 126).

concerniente a la máxima preocupación colectiva: la reconquista total<sup>62</sup>. Aunque tampoco se desdeñe acudir al peso moral de los consejos que ofrecen los estrelleros moros, mismo cuando no se los piden: un "moro grand sabidor e filósofo e privado del rey de Granada", envía dos cartas a Pedro I censurando su vida, su codicia, crueldades, etc. Y lo de menos es que las tales cartas fuesen o no una invención fabricada *a posteriori* por Enrique II o sus partidarios; antes bien, nos importa el recurso al *moro sabidor* como medio para desacreditar al *Rey Cruel* con la "carta la qual dicen que fue fallada en las arcas de la cámara del Rey Don Pedro después que fue muerto en Montiel"<sup>63</sup>.

Sin embargo, es en el terreno puramente religioso, o en aspectos secundarios con él relacionados, donde se manifiesta el rechazo de manera más cruda, resumiéndose en dicitos como el de Alfonso Alvarez de Villasandino ("El alcorán nesçia escriptura"<sup>64</sup>) la filosofía general que el Islam suscita entre los españoles de la época, doctos o indoctos; porque si alguien es merecedor de ludibrio y escarnio habrá de andar "muy honrrado, en asno como alfaquí"<sup>65</sup> y cualquier alusión de índole religiosa se salda con una condena<sup>66</sup> o una llamada de preocupación ante los funestos designios de los africanos<sup>67</sup>. Como los musulmanes sus oponentes, los cristianos vivían la obsesión por los rituales externos y por el debido respeto a que son acreedores, así pues entre las ofensas graves que los moros pueden inferir a la Cristiandad se cuentan -o forjan- lances como el del héroe Garcilaso en el romance *Cercada está Santa Fe*:

*Aqueste perro, con befa,  
en la cola del caballo,  
la sagrada Ave María*

---

<sup>62</sup> "Los límites de la tierra// tanto has de señorear// Pon mientes en lo que digo// porque así acontecerá:// que a un moro gran sabidor// se lo oí profetizar". (*Romancero español*, 560).

<sup>63</sup> Crónica del rey don Pedro I, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 586.

<sup>64</sup> *Cancionero de Baena*, 135; y *Cancionero castellano del siglo XV*, II, 385, n° 704.

<sup>65</sup> Coplas que hizo Quirós a Juan de Panes, albardan, en nombre de su cavallo, porque aviéndole derrocado y medio quebrado un brazo le acusava por traidor (*Cancionero castellano del siglo XV*, 303, n° 570).

<sup>66</sup> En el romance del casamiento de doña Lambra con don Rodrigo de Lara leemos: "...por unas sierras arriba// grandes alaridos daban:// renegando de Mahoma// y de su secta malvada" (*Romancero español*, 337).

<sup>67</sup> Los alfaquíes predicán la *guerra santa* en el Poema de Alfonso XI (*Cantares de gesta*, 198): "Ayuda a los africanos// tu ley sea ensalçada// e la de los romanos// hoy sea desbaratada."

*llevaba, haciendo escarnio*<sup>68</sup>.

Acusación gratuita sin duda inventada por el juglar, como seguramente lo sería la mayor parte de las similares dirigidas contra judíos y musulmanes coetáneos, o las recíprocas, pero el amplio eco de las profanaciones de Cristos, Vírgenes, Niños, reliquias, etc. que encontramos referidas y diseminadas desde Berceo (*Milagros*) hasta Mármol o Hurtado de Mendoza (Guerra de las Alpujarras), parece ser indicio de que no todo fue invención difamatoria, obligando a Alfonso X -un rey canonizado por nuestra actual y poco documentada *progresía* como arquetipo de tolerancia y adalid de las famosas *tres culturas*- a tomar cartas en el asunto estableciendo severas penas para quienes incurrieran en tales delitos, sin dejar resquicios ni cabos sueltos:

*"Qué pena merescen los judíos o los moros que denostan a Dios, o a Santa María ó a los otros santos, o facen alguno de los otros yerros sobredichos".*

Estos yerros son: "... escopir contra la cruz, nin contra el altar nin contra alguna magestad que esté en alguna iglesia (...). La cosa guisada es et derecha que los judíos nin los moros, á quien nos consentimos que vivan en nuestra tierra non creyendo en nuestra fe, que non finquen sin pena si denostaren ó ficieren alguna cosa de fecho paladinamente contra nuestro señor Jesucristo, ó contra Santa María su madre ó contra la nuestra fe católica, que es tan santa cosa, et tan buena et tan verdadera.(...) Que los judíos et moros de nuestro señorío, que ninguno dellos non sea osado de denostar á nuestro Señor Jesucristo en ninguna manera que seer pueda, nin a Santa María su madre nin a ninguno de los otros Santos, ca qualquier que contra esto ficiere, escarmentárgelo hemos en el cuerpo et en el haber segunt entendieremos que lo meresce por el yerro que ficiese"<sup>69</sup>

En dos aspectos principales se centra la diatriba antimusulmana. El primero es la persona misma de Mahoma como cifra y bandera de cuanto de vituperable y vergonzoso veían los cristianos en el Islam y, por lo tanto, se le moteja de falsario, embaucador y fabricante de mentiras<sup>70</sup>, al cual es menester desenmascarar mediante el conocimiento y la difusión de sus errores, según proponen a la sazón -y llevan a la práctica- intelectuales lúcidos como Alfonso X y quienes para él trabajaban. Buenaventura de Siena nos aclara en la Introducción

<sup>68</sup> *Romancero español*, 656.

<sup>69</sup> *Las Siete Partidas*, Partida VII, título XXVIII, ley VI, 690.

<sup>70</sup> "Que abaxe é destruya la vyl perra seta// Del falso Mahomad é fynque burlado" (A. Alvarez de Villasandino, *Cancionero de Baena*, 105); "Esto fizo Mafomat, el de la malcreñcia// ca predicó por su boca mucha mala sentençia" (*Poema de Fernán González*, 2, copla 7).

a su versión al latín de la *Escala de Mahoma*<sup>71</sup>, obra que realizara por encargo del Sabio Rey : "con la finalidad de que los seguidores de Mahoma divulguen que atentan contra Cristo no menos los términos abusivos de Mahoma que los términos ilusorios y, confrontada la verdad de su fe en el mismo Cristo, produzca más deleite que las mentiras. En efecto, a partir del conocimiento de las tinieblas la luz resulta más grata y la naturaleza de los adversarios resulta más evidente". La guerra ideológica una vez más adopta la norma de mejor conocer para mejor combatir y mejor dominar y en nuestra opinión éste y no otro es el fundamento , en lo referente al Islam, de la magna obra histórica y literaria de Alfonso X y sus colaboradores, pues parece anacrónico revestirle de un prurito culturalista, de comprensión ecuménica y obsesión por lo *políticamente correcto* ante otras razas y religiones, muy del gusto actual pero cargado de conceptos e intenciones posteriores que difícilmente pudieron pasar por la mente del rey. Así, en *Las Partidas* mantiene a raya a moros y judíos con su normativa jurídica, con la *Escala de Mahoma* se intentan documentar las demasías escatológicas del Profeta de los musulmanes y en la *Primera Crónica General (o Estoria de España)* se trata de difundir la crítica directa contra el Islam a través del descrédito personal de Mahoma. La obra se comenzó a redactar en 1269 y se continuó en tiempos de Sancho IV, pero los capítulos dedicados a Mahoma, a juicio de Menéndez Pidal, salieron de la pluma del mismo rey, constituyendo esta *Primera Crónica* una de sus obras más personales, ya que en ella no aparecen nombres de colaboradores o traductores ningunos, ni asoma la frase "fiz facer este libro", por contra a otros trabajos atribuidos al rey. Junto a este posible carácter personal de la obra importa el hecho de estar compuesta en castellano. El uso de la lengua romance refleja la intención del monarca de divulgarla entre el mayor número posible de gentes, así como el fuerte desarrollo de la conciencia nacional experimentado durante el siglo XIII en el reino castellano-leonés.

Escribe Alfonso el Sabio su obra histórica cuando ya el Islam de al-Andalus se halla en declive, el pensamiento político-militar dominante es la conciencia castellana de unidad nacional y la sociedad, bajo el control de clérigos y nobles, utiliza la literatura, en lengua romance, para difundir sus ideas y creencias, tanto políticas como religiosas<sup>72</sup>. En la *Estoria de España* se reafirma de modo absoluto la conciencia nacional hispánica que ya se mostraba en crónicas latinas anteriores: podemos rastrearla en el siglo XI en el *Epitome Ovetense*, vulgo *Chronicon Albeldense*, y en el siglo XII en la *Crónica Najerense*. Pero es en dos obras del siglo XIII en donde este pensamiento se transforma en la base del discurso. Se trata del *Chronicon Mundi* de Lucas, obispo de Tuy -"el Tudense"- y de *De rebus Hispaniae* del arzobispo de Toledo Rodrigo Ximénez de Rada -"el Toledano"-, llegando el influjo de esta última hasta el siglo XV. Fueron estas

---

<sup>71</sup> *El libro de la escala de Mahoma*, 28, Madrid, 1996.

<sup>72</sup> A. García Algarra, *Alfonso X y Mahoma*, opúsculo inédito.



crónicas vías de propaganda antimusulmana, pero no las únicas. Producto del espíritu de la época es también, como ejemplo, un poema castellano sobre las Cruzadas -¡Ay, Jherusalem!- que, aunque fracasó en su objetivo de reclutar cruzados, fue una contribución más a la difusión de la idea de la necesidad de luchar contra el enemigo islámico.

Siguiendo la postura tradicional sostenida por la Iglesia católica durante más de doce siglos, Alfonso el Sabio no reconoce en Mahoma ni una brizna de sinceridad y no admite siquiera que pudiese haber actuado de buena fe, aunque equivocado. Es el *Falso Profeta* por excelencia y su crimen es la fundación de una religión mendaz que, por añadidura, era la del pueblo que había acabado rápidamente con la *pax goda*: "La mezquina de Espanna que desde el tiempo del rey Leouegildo estidiera en paz bien cient et cinquenta annos, assi como dixiemos, començosse entonces a destroyr et a sentir las pestilencias que ouiera ya otra uez en el tiempo de los romanos" (cap. 555). La pretensión del Profeta de aportar una revelación superior al Cristianismo era para la cristiandad medieval una enormidad a la par que una impía mentira, y cualquier adición o sustitución de los libros sagrados cristianos, una blasfemia intolerable. Por ello, Dante lo sitúa en la *Divina comedia* en el infierno como el primero de los condenados<sup>73</sup>.

Los capítulos 488 y 489 de la *Estoria de España* tienen una especial importancia. Están dedicados al *mi 'rāy* o viaje celestial del Profeta, tradición muy difundida entre los musulmanes andalusíes, tanto que ya en el siglo IX los mozárabes conocían perfectamente estas narraciones escatológicas y las incluían en sus escritos apologéticos del Cristianismo y contra el Islam, aludiendo a historias *leves et risu dignas* relacionadas con Mahoma, mientras otros autores hablaban de "fantasías, vanidades, mentiras, chufas e fablillas" refiriéndose a este tipo de hadices. La conciencia popular musulmana, contraviniendo la tendencia general del Corán de negar milagros al Profeta -con alguna excepción como la del *mi 'rāy*- se los fue atribuyendo poco a poco, haciendo caso omiso de sus afirmaciones explícitas en el *Libro* contra la utilización de tales signos para apoyar su veracidad como profeta (*Corán*, XVII, 90-95). Por varias razones: para la mentalidad popular no bastaba que Mahoma fuera un hombre y más nada; por otro lado, la gente suplió los vacíos del Corán sobre la vida del Enviado con historias milagrosas; y otra importante razón fue precisamente la polémica con los cristianos, que cifraban la superioridad de Jesús sobre Mahoma en su poder de hacer milagros, viéndose obligados los musulmanes, por tanto, a atribuírselos ellos también a su profeta para que no sufriese mengua de cara a los cristianos. El balance general de estas historias, complementado con el susodicho *Libro de la Escala*, es de condena sin paliativos.

Alfonso X no podía aceptar la más mínima sinceridad religiosa en Mahoma, tanto por su fe cristiana -de la que, como rey, era garante- como por su condición de monarca castellano y en consecuencia heredero (según la

---

<sup>73</sup> *Primera Crónica*, I, 269-270.

legitimación histórico-ideológica de la época) del reino visigodo al cual habían derribado los musulmanes. Aun en un clima de relativa tolerancia -y fuerza es recalcar lo de *relativa*- como el reinante en la Toledo del siglo XIII, musulmanes y cristianos se soportaron pero no se entendieron y en este contexto hay que situar la visión de Alfonso X acerca del Islam y de Mahoma. Los contactos entre ambas culturas no pasaron del aprovechamiento de los valores prácticos de la cultura dominada por parte de la dominadora, sin que ninguna reconociera jamás los valores morales o religiosos de la otra. La afirmación de Asín Palacios de que los avances reconquistadores de Fernando III ofrecieron a su hijo Alfonso campos nuevos para la difusión de la cultura islámica es paradigma de ingenuidad, pues nunca los conquistadores se han dedicado a difundir la cultura del conquistado, sino a utilizarla en beneficio propio. El hecho de que Alfonso X fundara en Sevilla un Estudio y Escuela General de latín y árabe en el que había profesores musulmanes de medicina y ciencias no revela especial consideración de la cultura islámica, sino un intento pragmático de utilización de ciertos conocimientos de quienes los tenían, ¿o debemos suponer en Estados Unidos un gran anhelo de difusión de la cultura alemana por haber usado a W. von Braun o a tantos otros técnicos y científicos alemanes? Las mismas traducciones medievales del Corán al castellano, una de las cuales fue encargada por Alfonso X, no significaban necesariamente una prueba de buena voluntad. Se hicieron con el fin de refutar el Islam con conocimiento de causa, como ocurrió, v.g., con la del arcediano de Pamplona Roberto de Retines (realizada en 1143) que iba acompañada de un pequeño tratado de título *Summa brevis contra haereses et sectam Sarracenorum*.

La *Primera Crónica*<sup>74</sup> presenta la ascensión y triunfo de Mahoma con notables anacronismos y no pocos errores históricos, empezando por hacerle conquistar Damasco o por la distinción que establece entre Hadaya (su tía) y Cadiga (su primera esposa) cuando está fuera de discusión que el personaje real (Jadiya) reunió ambas condiciones; también recoge la vieja acusación de ser el Profeta epiléptico y de que habría recibido las supuestas revelaciones en el curso de las crisis, pero con el agravante, doloso, de que una vez recuperado las aprovechaba para fundamentar su misión profética<sup>75</sup>. La opinión oficial del Rey Sabio -y por tanto la dominante en su tiempo- queda expuesta con claridad:

*"Les fizo ell un grand libro departido por capítulos, al que ellos llaman alcoran, e tanta nemiga et tanta falsedad escrivio ell en aquellas zoharas, esto es*

---

<sup>74</sup> *Primera Crónica*, I, 269-270.

<sup>75</sup> "Este Mahomat era mal dolient duna enfermedad a que dizien *caduco morbo* et de epilezia, e acaescio assi un día quel tomo aquella enfermedad et quel derribo en tierra (...) "amiga, non es enfermedad mas el angel sant Gabriel es quien vien a mi et fabla conmigo demientre que yago en tierra; e por que nol puedo catar en derecho nin puedo sofrir su vista, tanto es claro et fremoso, por que so omne carnal, fallestce me ell spirito et cayo assi como veedes por muerto en tierra" (Vol. I, cap. 478, 266, ed. R.M.-Pidal).

*mandamientos, que verguença es a omne de dezirlo nin de oyrlo, et mucho más ya de seguirlo; e pero estas zoharas le recibieron aquellos pueblos malaventurados seyendo beldos de la ponçon del diablo et adormidos en el pecado de la luxuria, e oy en día los tienen et estan muy firmes en su porfía e non se quieren llegar nin acoger a la carrera de la verdadera fe nin auer en sí la ley de Dios nin el su ensennamiento*<sup>76</sup>

El intento de descrédito halla su culmen y remate en la novelesca y cruda muerte de Mahoma (envenenado), con el estrambote bifronte de fallar su promesa de resucitar al tercer día (la contraposición a Cristo es patente) y de terminar su cadáver insepulto y comido por perros<sup>77</sup>, baldón gravísimo en la época; todo ello en la inteligencia de que si traemos a colación estos textos no es para que los parroquianos y beatos de las *tres culturas* incluyan también a Alfonso X en su *Índice* particular, en su *Bestiario* de inenabables, sino para desmitificar un tantito las edulcoradas visiones y versiones fabricadas por vulgarizadores más interesados que leídos. En la más rahez acepción de interés.

A medida que se encona el conflicto religioso desde finales del siglo XIV y principios del XV, la literatura contemporánea refleja el segundo aspecto más arriba señalado en la confrontación, o la difícil coexistencia, entre mudéjares, hebreos, conversos (de judíos o moros) y cristianos viejos: la confusión inextricable de cuestiones de fe con otras meramente culturales. En un recorrido exhaustivo por los cancioneros satíricos de esos siglos encontramos abundantes alusiones peyorativas para los marranos (*Coplas del Provincial* y Antón de Montoro, sobre todo) pero no tanto para los mudéjares, lo cual parece indicar con cierto fundamento que éstos no se hallaban en el punto de mira de los escritores -al menos en la misma proporción- por no representar peligro económico o político de parejo calibre, dado su bajo nivel social. En las feroces *Coplas del Provincial* -cuya autoría J.R. Puértolas<sup>78</sup> achaca a Juan Hurtado de Mendoza, que así reivindicaría sus derechos personales y familiares frente a arribistas, conversos y gentes de baja extracción encumbrados por Enrique IV- desfila una larga teoría de obispos, condestables, oidores, etc., a quienes se moteja, con razón o sin ella, de orígenes marranos, pero sólo hay una alusión clara a descendientes de

---

<sup>76</sup> *Primera Crónica*, I, 274, cap. 493.

<sup>77</sup> "E sus discipulos guardaron bien el cuerpo cuedando que resuscitarie al tercer día, assi como les dixiera; mas pues que ellos viron que non resuscitava et que fedie ya muy mal, desampararonle et fueronse su via (...) vino Albimor (...) fallol tod el cuerpo comido de canes..." (*Primera Crónica*, vol. I, cap. 494, 274).

<sup>78</sup> Puértolas, 236.

musulmanes<sup>79</sup>. La escasez de mudéjares en las *Coplas* viene corroborada *a fortiori* por el hecho de que hasta el mentado más adelante Juan Baharí, cuyo nombre podría responder a musulmán converso, en realidad se trata de Juan Arias, prelado de Segovia y marrano de origen<sup>80</sup>; si bien la enemistad entre unas y otras comunidades (dejando aparte a los cristianos) está latente de continuo<sup>81</sup>, pasándose del tono mordaz a otro más trascendente, aunque sin dejar nunca la burla, cuando andan en tratos íntimos cristianos y moros ("Quien de Lynda se enamora, // Atender deve perdón // En caso que sea mora"<sup>82</sup>), llegando, incluso, a involucrar al Papa en el negocio ("...que meter armas en moras // es caso de Padre Santo", *De Lope de Sosa a un tío suyo porque sabía que dormía con una mora*<sup>83</sup>), o alcanzando la máxima dramatización en el *Romancero*, al referir el casamiento que Alfonso V concierta de su hermana con el rey moro de Toledo<sup>84</sup>. Con lo cual descubrimos el doble eje que entraña el problema de las conversiones: por un lado se sospechaba de la sinceridad de los conversos al Cristianismo y, en cualquier caso, los cristianos viejos pobres buscaban descargar sus resentimientos y frustraciones en otros todavía más débiles, por motivos religiosos a la sazón; pero por otro se satirizaba con verdadera crueldad a quienes se tornaban moros, ya hubieran sido antes cristianos o judíos. El viajero Pero Tafur, consciente del significado del paso de una religión a otra<sup>85</sup> no oculta una cierta sorpresa, a

---

<sup>79</sup> "A ti, fraile perro moro // de la casa de Guzmán, // ¿por qué cantas en el coro // las leyes del Alcorán? // Dícenme que siendo viva // tu mujer doña Francisca // te casaste a la morisca // con doña Isabel de Oliva." (Coplas del Provincial, en *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, 247, ed. Puértolas).

<sup>80</sup> *Id.*, 251.

<sup>81</sup> Por ej., la rivalidad mudéjar vs. marrano: Montoro a Román Comendador: "Pecador, dellos venís, // de la más baxa ralea, // de sus migajas vestís, // catá que es cosa bien fea // porque os contradecís, // fijo de Zagui Merdul." (Antón de Montoro, *Cancionero*, ed. E. Cotarelo, Madrid, 1900).

<sup>82</sup> A.A. de Villasandino en *C. de Baena*, 34; y en *Cancionero castellano*, II, 329, n° 629.

<sup>83</sup> *Cancionero de obras de burla provocantes a risa*, 95. Ed. Bellón y Jauralde.

<sup>84</sup> "Casamiento se hacía // que a Dios ha desagradado // casan a doña Teresa // con un moro renegado // rey que era de allende // por nombre Audalla llamado // casábale el rey su hermano // por mal vicio guiado" (*Romancero español*, 390)

<sup>85</sup> "...aquellos son los mamelucos, que acá llamamos elches renegados, una grant muchedumbre de gente, é estos son los que el soldan faze comprar por sus dineros en el mar Mayor é en todas las provincias donde los xpianos se venden; é como los traen allí, tórnanlos moros é muéstranles la ley é á cavalgar é jugar con el arco; é de que son examinados por el Alfaquí mayor, pónenles su quitaçion é raçion, é cmbianlos á la cibdat; non puede ser soldan, nin almirante, nin aver onor ninguna nin ofiçio si, non es destos renegados, nin puede cavalgar en cavallo moro de natura sin que muera por ello. Éstos son los que han todas las onrras de la cavallería, é sus fijos un poco menos, é los nietos menos.." (P. Tafur, *Andanças*, 80).

mediados del XV, cuando visita Egipto y se encuentra la halagueña situación de los mamelucos conversos al Islam en ese país, dada su pertenencia a la casta de feroces sojuzgadores de la inmensa mayoría de la población, todo hay que decirlo. Al cristiano preocupan -por eso arremete en sus críticas contra tales aspectos- no sólo los factores dogmáticos o de creencia, también alude a los de índole cultural ("Cristiano fecho alfaquí// alheñadas las barbillas"<sup>86</sup>) más visibles y risibles. A su juicio. Y aunque vestidos, comidas o ademanes atraigan la sátira, las alusiones más crudas suelen dirigirse al ámbito del sexo: la homosexualidad y la circuncisión:

*Yo querría sin debate,  
Antón salvaros la rixa  
en este trote,  
pues que sois buen alfayate  
que fagáis a vuestra pixa  
un capirote.  
Porque si bien lo miráis,  
aunque estéis acristianado,  
yo me creo  
que si a Tavera pasáis,  
vos seréis apedreado  
por hebreo<sup>87</sup>*

Las historias de renegados son motivo recurrente todavía en los siglos XVI y XVII<sup>88</sup> y su castigo *real* debía quedar vivo en la memoria colectiva -y con tal cumpliría- pues Münzer, en 1494, aun recuerda la pena infligida tras la

---

<sup>86</sup> *Cancionero castellano*, II, 707. También en la "Dança general de la muerte": Venid vos, amigo, dexad el rallán, // ca el gameño pedricaredes, // a los veinte e siete vuestro capellán // nin vuestra camisa non las vestiredes; // en Meca nin en layda i non estaredes // comiendo buñuelos en alegría; // busque otro alfaquí vuestra morería." (*Poesía crítica y satírica del siglo XV*, 68, ed. Puértolas). Para layda J.R. Puértolas (nota 597) propone entender *al-'id* (la fiesta), pero confunde el *'id al-kabir* con la de ruptura del ayuno al finalizar el ramadán (*al-'id as-sagir*), si bien añade "puede ser, además, la Pascua de los Carneros"; en el mismo sentido de "fiesta" abunda Sola-Solé, *Sobre árabes, judíos y marranos y su impacto en la lengua y literatura españolas*, 159-160, Barcelona, 1983.

<sup>87</sup> Montoro, *Cancionero*, 250; o el Conde de Paredes (Rodrigo Manrique) contra Juan Poeta, judío converso al Cristianismo y luego al Islam: "Yo vos libraré en Castilla // el dinero del escote // en camino de Sevilla, // a do perdió la capilla // vuestra pixa del capote". (*Poesía crítica y satírica del siglo XV*, 295).

<sup>88</sup> *Romancero español*, 815.

toma de Málaga (1487) por el rey Fernando a varios renegados<sup>89</sup>, en cuyo perjuicio incidió el agravante de haberse distinguido en la resistencia frente a las armas cristianas. La conversión al Islam, o su rechazo, es una preocupación fija de cronistas, poetas y juglares: el romance de La muerte de Sayavedra exalta al caballero cristiano capaz de perecer por no traicionar a Cristo, pese a admitir que el trato que se le depara es el mismo que él habría reservado para el rey moro en ocasión similar<sup>90</sup>. El suplicio como alternativa -y motivo *literario*- a rehusar la islamización aparece ora en las Crónicas<sup>91</sup>, ora en los más ligeros y populares versos del Romancero<sup>92</sup>, si bien la tal alternativa queda muy relativizada por la abrumadora y evidente presencia de otra figura, histórica y no menos literaria: la del cautivo. Y desde antiguo: cuando Mudarra solicita a D<sup>a</sup> Sancha y a Gonzalo Gustios "e recibir cristiandat por mi ánima salvar"<sup>93</sup>, el juglar está actuando de portavoz de la ideología corriente en la época, en la cual la salvación del alma pasa por librarse física y moralmente de cualquier dominio musulmán sobre los cristianos. De ahí la atención prestada en mandas testamentales de distintos reyes<sup>94</sup> al rescate de cautivos, o los esfuerzos desplegados por Juan I para liberar al rey de Armenia, prisionero del soldán de "Babilonia" (en realidad, El Cairo), llegando a entregarle, en 1383, la villa de Madrid en feudo vitalicio una vez conseguida su libertad<sup>95</sup>.

---

<sup>89</sup> "Nueve cristianos cautivos, que habían renegado de la fe, una vez que fue tomada Málaga, desnudos, fueron asaeteados hasta morir, por orden del rey cristianísimo. Dos eran lombardos y siete españoles de Castilla. Muertos a golpes de saeta, fueron quemados sus cuerpos. ¡Oh, rey cristianísimo, cantaré eternamente tus alabanzas!" (Münzer, 149). Poco después, en las Capitulaciones de Santa Fe (1491) se garantiza la vida a los antiguos cristianos que se hubieran tomado moros (Mármol, *Rebelión*, 149).

<sup>90</sup> *Romancero español*, 662-664. Igualmente los moros intentan justificar la muerte de los Infantes de Lara porque "si vivos os dejamos// Ruy Velázquez él se iría// a Córdoba al Almanzor// y moro se tomaría:// darle ha muy gran poder// y si contra nos lo envía" (*Romancero español*, 348) la reiteración de la imagen del renegado es patente.

<sup>91</sup> Crónica del rey D. Alfonso el Onceno, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 321.

<sup>92</sup> "... entró luego por Castilla// y en las gentes que tomaba// grandes crudezas hacía,// matando todos los hombres// que renegar no querían// y arrancábales las tetas// a las mujeres que había" (*Romancero español*, 364)

<sup>93</sup> Cantar de los siete infantes de Lara, en *Cantares de gesta*, 69.

<sup>94</sup> *Vid.* cap. I.1, nota 14.

<sup>95</sup> (1383) "E otro día el Rey don Juan le envió muchos paños de oro é de seda, é muchas joyas, é doblas, é vajillas de plata, é dióle para en toda su vida la villa de Madrid, é la de Villareal, é la de Andújar con todos sus pechos é derechos é rentas que en ellas avia, é dióle mas en cada año para toda su vida ciento e cinquenta mil maravedís." (Crónica de Juan I, en *Crónicas de los reyes de Castilla*,

Y a la noción de rescate se aparea la de conversión, por las buenas o las malas, de los habitantes de la Península, cerrándose así la misión profética de España, aunque desde muy atrás se presentase como una mera premonición, un deseo a largo plazo:

*El pueblo agareno de mala natura  
Será conquistado é todo estroydo,  
E quende la mar sera estableçido  
Qual quier que ayunare en el Rramadan,  
Creyendo la seta del nesçio alcoran,  
Que deva ser muerto ó ser convertido*<sup>96</sup>.

En la concepción básica de toda religión, por supuesto, "Dios siempre está con nosotros" (de lo contrario no habría feligrés que se dejase pastorear) y los cristianos medievales -como sus oponentes musulmanes- esgrimen tal privilegio en toda ocasión que pueden: la divinidad les protege y, simultáneamente, castiga a los enemigos cuando osan, por ej., profanar el supuesto sepulcro del apóstol Santiago<sup>97</sup>. Así se cimentan las bases ideológicas que precisaba la Reconquista: por un lado se desarrolla el concepto de *infiel* y por otro la imperiosidad legitimista de la posesión de España, afianzándose tales ejes de conducta durante el siglo XI, momento en que también parece surgir la idea de convertir a los musulmanes<sup>98</sup>, como correlato de la recuperación de la Península por sus legítimos dueños. La trascendencia de este concepto y su difusión alcanza a los textos árabes contemporáneos<sup>99</sup>, que lo recogen como corriente entre los cristianos. Y es que la restauración del concepto histórico-político de España es *obligación* para los hispanos, en tanto para los árabes se reduce a una noción geográfica y a la vaga continuidad de los territorios del darislam, propiciándose de tal guisa la precariedad en la resolución de su defensa por parte de los musulmanes, resultado de una mala conciencia histórica y fruto de saberse

---

II, 69 y 81).

<sup>96</sup> A. Alvarez de Villasandino, *Cancionero de Baena*, 178; *Cancionero castellano*, II, 416, n° 756.

<sup>97</sup> "Mas ante que el se partiesse de tierra de Santyague fue ferido el con toda su companna de maamiento de Dios; et por el peccado dell atrevimiento et de las suziedades que el fazie en la eglesia de Sant Yague, cayó en el una de las mas suzias enfermedades que podrie ser, et es aquella que dizen los físicos diarria; et diarria es dolor del vientre que rompe las entrannas et faze en los omnes la malazon tan fuerte que mueren los omnes ende. El Almançor et todos los de la su hueste, de guisa fueron consumidos et desfechos los cuerpos, que todos murieron ende, sinon muy pocos..." (*Primera Crónica General* II, 449).

<sup>98</sup> Viguera, *al-Andalus como interferencia*, 64.

<sup>99</sup> Viguera, *id.*, 65.

*extraños* a la tierra, todavía en tiempos tan avanzados como el siglo XI, de suerte que el poeta 'Abd Alláh al-'Assál llega a proclamar sin ambages tras la toma de Toledo (1085):

*Gentes de al-Andalus, ensillad vuestras monturas  
pues equivocación es permanecer en ella.  
Las telas se desflecan por los cabos,  
mas veo el crespón de la Península  
rasgándose por el centro mismo.  
¿Cómo vivir en un cesto rodeados de serpientes?*

En ningún otro país europeo se vivió la necesidad de guerrear contra los infieles con la necesidad acuciante, como tarea colectiva, con que se sintió en España. Chicos y grandes percibieron el esfuerzo a largo plazo que implicaba la restauración histórica, produciéndose un enfoque de oposición drástica y sin concesiones en la literatura -portavoz propagandístico de toda sociedad, a fin de cuentas- con algunos matices fantásticos o inconcretos, como venimos señalando, pero de tono y contenido realistas en general. En tanto en la coetánea literatura francesa los moros, los *sarracenos*, aparecen como inequívoco fruto del desconocimiento de una sociedad y unos individuos (los franceses) que difícilmente habrían visto uno de carne y hueso, los cristianos de España conocían con claridad a quiénes se enfrentaban. Exageraciones, personajes míticos, anacronismos, inverosimilitudes pululan por las obras francesas: reyes sarracenos de Inglaterra en la *Chanson de Gormont et Isembart*; sajones tenidos por musulmanes en la *Chanson de Saisnes*; pintorescos y paganos politeístas de nombres fabulosos y burlescos pueblan la *Chanson de Roland*...<sup>100</sup>. En España, muy al contrario y pese a las inevitables convenciones o extrapolaciones literarias de todo texto, se vive en directo el choque con el enemigo, nada imaginario ni lejano y la reiteración del *mensaje* es repetida de modo intuitivo hasta la saciedad por poetas, cronistas, etc., sabedores -como si publicitarios modernos fueran- de que en esa repetición reside su eficacia: no es un plañido sino un recordatorio imperativo. Semejante al *Delenda est Carthago* del censor Catón es la insistencia de los escritores hispanos en una idea omnipresente en la mente de gobernantes o pecheros: hay que restituir la Península a su prístino estado. Y ello con firmeza desde el siglo XI. Frente a los musulmanes del sur -esos a quienes A. Castro y todos sus repetidores estiman tan propios del país como los cristianos del norte- que aun en los siglos XII, XIII, XIV... persisten en inventarse genealogías con entusiasmo reclamándose *árabes*, en el estricto sentido racial, y por consiguiente foráneos y ajenos a toda idea de continuidad de la Hispania visigótica y romana, ni siquiera por hallarse sobre su mismo suelo, entre los cristianos la guerra contra los moros convierte a los *malfetriosos* en gentes cabales, honradas y valientes, arreo comulgantes y arrepentidos de sus pecados.: "non lo deben tener los omes

---

<sup>100</sup> Maravall, 267.



por maravilla (...). Et así, pues ellos facían esta vida, non es de maravilliar que pocos dellos venciesen á muchos Moros"<sup>101</sup>. La lucha contra el enemigo no sólo es una obligación moral, también dota de virtudes superiores, redime faltas previas y, en definitiva, es obsesión recurrente de casi todos los escritores : don Juan Manuel -que no es de los más insistentes en el tema argumenta "si en esto quisiese creerle dé consejo, que con la merced de Dios ante de mucho tiempo non fincaría moro en el reino de Granada, que todos non fuesen en el su señorío et en poder de cristianos"<sup>102</sup>; Jorge Manrique en las famosísimas *Coplas por la muerte de su padre* aduce entre los méritos del mismo haber guerreado contra moros<sup>103</sup>; el Romancero, incluso *a posteriori* o cuando ya la Reconquista tocaba a su fin, no cesa de animar y apoyar a los que libraban a España de aquel cuerpo extraño<sup>104</sup>; en el *Cancionero de Baena* distintos poetas lanzan declaraciones premonitorias, expresión de sus deseos y reafirmación de la misión histórica de España ("Morar deve en parayso// Quien guerreando con moros// Ganó tan rrycos tesoros// E tanta tierra en proviso"<sup>105</sup>) ante el final ya cercano; Juan de Padilla *el Cartuxano* enumera con delectación a los reyes y señores de España que cobraron fama en lides contra moros<sup>106</sup>; don Juan García Manrique, arzobispo

---

<sup>101</sup> Crónica del rey Alfonso el Onceno, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 306.

<sup>102</sup> D. Juan Manuel, Libro de los estados, IIª parte, 363, en *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, B.A.E., ed. P. Gayangos, Madrid, 1952.

<sup>103</sup> "mas fizo guerra a los moros, // ganando sus fortalezas // e sus villas; // i en las lides que venció, // cuántos moros se perdieron; // i en este oficio ganó// las rentas e los vasallos // que le dieron." (J. Manrique, *Cancionero*, 103, ed. A. Cortina, Madrid, Espasa, 1980).

<sup>104</sup> "a los infantes decía // que fuesen a correr moros, // que él los acorrería // que habrían muy gran ganancia, // muchos captivos traerían (...) todos los moros astrosos, // moros de poca valía // que viendo que vais a ellos // a huir luego echarían." (*Romancero español*, 344).

<sup>105</sup> A. Alvarez de Villasandino, en *Cancionero de J.A. de Baena*, 32; el mismo Villasandino insiste "Bivades tanto pagada // Que veades bien casado // Al genty l Rrey ensalçado, // Cuya deve ser Granada" (Id., *ibid.*, 65), o "Vesta persona ensalçada (Juan II) // Biva luengamente onrrada, // por que yo vea en Granada // cantar un lindo *anaxir*, // Ya *dayfi*, çultan que vyr, // Desque la ovieres ganada // e cobrada" (Id., *ibid.*, 190; burlescamente Villasandino se vale del árabe en estos últimos versos: "cantar una linda canción // amigo, gran soberano"). En el mismo *Cancionero* (334), Ruy Paes de Ribera vuelve a la carga: "Señor Rey, vuestra notiçia // Plega é deva saber // Que Dios quiere desfaser // El gran yerro é malicia // E destroyr con justiçia // El lynaje vyl de Agar // Fasta dentro en ultramar // Darles quieren la premiçia".

Y no menos hace Frey Diego de Valencia (40): "Ca sy esta gente fuese encordada, // E fuessen juntados de un coraçon // Non sé en el mundo un solo rencon // Que no conquistassen con toda Granada (...) Que serán asueltos de todos pecados // los que murieron con los renegados, // Infieles vasallos del Rey de Granada."

<sup>106</sup> *Cancionero castellano del siglo XV*, I, 353.

de Santiago y Chanciller Mayor, en 1393, dirige a don Enrique III un discurso bien expresivo ("...fasta que vos ayades mayor edad, é podades ir allá, é facer guerra como debedes a los Moros vuestros enemigos"<sup>107</sup>); y los españoles orientales no van a la zaga, resaltándose el valor, la bonhomía y hasta la santidad de los reyes que pelearon y vencieron al enemigo musulmán<sup>108</sup>, como parte ineludible de la autoestima.

La misión histórica de España recuperando su integridad territorial es para sus protagonistas, antes que nada, una restitución de mera justicia, como lo indica Fray Íñigo de Mendoza en su loa a los Reyes Católicos<sup>109</sup> y como con profusión declara la *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*: "et con grand placer por las conquistas que Dios tovo por bien que ficiese en la su tierra que los moros sus enemigos le tenían tomada luengos tiempos avía"<sup>110</sup> o "porque él toviese aver para conquistar la tierra que le tenían forzada los Moros enemigos de la fé"<sup>111</sup>. En todo caso, el rey "quería trabajar en servicio de Dios haciendo guerra a los moros"<sup>112</sup>, pues no sólo contaba con el socorro divino sino que había de someterse a su mandato<sup>113</sup>.

En ocasiones, la preocupación reconquistadora llega a proyectarse sobre la psicología del adversario, así en las estrofas 905-915 del *Poema de Alfonso XI*, en que se presenta una interesante visión del dolor de Abū l-Hasan por la muerte de su hijo 'Abd al-Malik, habla en primera persona maldiciendo a los cristianos, acusándoles de traición y jurando venganza. Es decir, se confiere al sultán meriní el derecho a la parafernalia retórica propia de los héroes cristianos, postrer paso

<sup>107</sup> *Crónicas de los reyes de Castilla*, II, 121.

<sup>108</sup> <Ramón Berenguer IV "fo molt fort...ab serrains"; Alfonso II, "sobre los serrains no ach ventura"; Pedro II, "moltz castells tolch a serrains", etc. Y con esta tabla de estimación siguen juzgando a sus condes y reyes los historiadores y cronistas catalanes. Para Desclot, la gloria de Ramón Berenguer IV se funda en ser "qui més ha conqués". Y en Tomich la exaltación llega al grado sumo: el rey Jaime I "fon appellat sant car fon molt aventuros contra moros"> (Maravall, 264).

<sup>109</sup> "...vuestro mando, según digo// llamemos a Dios loado// por juntar lo derramado// que perdió el rey don Rodrigo// Y a vosotros, subcesores// destos reinos herederos// llamémosvos juntadores// con nonbre de emperadores (...) sin que España se perdiera// por el conde don Julián!" (*Cancionero*, 322-323, ed. Rodríguez Puértolas, Madrid, 1968).

<sup>110</sup> En *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, 335.

<sup>111</sup> *Id.*, *ibid.*, I, 223.

<sup>112</sup> *Id.*, *ibid.*, I, 222.

<sup>113</sup> "...él non dexó por eso de poner en obra dos cosas las más principales que Dios le encomendó en el regno, la una justicia, et la otra la guerra de los Moros..." (*Id.*, *ibid.*, I, 203). Al respecto, *vid.* también I, 208; I, 328, etc.; y Poema de Alfonso XI /versos 8-11) en *Cantares de gesta*.

posible en la valoración idealizada del moro (noble, valiente, pugnaz, como si fuera un castellano). Y la declaración que hace:

*Castilla cuydo ganar,  
matar la cristiandad  
e fazer me he coronar  
en Toledo la çibdat;  
e i pornán la siella  
llamarme he emperador  
e aquel rey de Castilla  
a mí lamará sseñor*

es una extensión en objetivos, ideas y hasta terminología de los propios criterios y anhelos de reconquista y cruzada, y aunque en esa época, en idéntico lugar y con los mismos actores (Alfonso XI, Abū l-Ḥasan, 'Abd al-Malik, Algeciras, Gibraltar, etc.) Ibn Baṭṭūta<sup>114</sup> manifiesta sentimientos parejos de retomar España y aplastar a los cristianos, no encontramos en el conjunto de los textos árabes un parangón equiparable, por lo masivo, tenso y firme, a la avalancha de la literatura española, en verdad comprometida con el tema.

Ante el precedente cúmulo de documentación -no exhaustiva- algunas preguntas resultan inevitables: ¿estaban equivocados todos los escritores hispanos (los intelectuales del tiempo) que de tal forma se pronunciaban?, ¿puede reducirse este largo y sostenido movimiento ideológico a la simpleza de considerarlo fruto de la mala voluntad?, ¿y de dónde nacía esa mala voluntad?, ¿las facetas históricas, latentes o explícitas, de esta literatura son puras invenciones, tergiversación, demasía? En cualquier caso, a lo largo de más de siete siglos, se había ido forjando un espíritu de autodefensa primero, de vindicación después y por último de asunción colectiva de la idea de tener consigo la justicia, algo que inducirá al rey Fernando en carta a la ciudad de Sevilla, desde Loja, a 29 de mayo de 1486, a participar la toma de la villa en los siguientes términos:

*"Continuando nuestra santa empresa contra los moros del Reino de Granada, acordé venir sobre Loja..."*<sup>115</sup>.

---

<sup>114</sup> "Acababa de fallecer el tirano de los cristianos, Alfonso (XI), que pusiera cerco a Gibraltar por espacio de diez meses, pues tenía el designio de apoderarse de las tierras que aun eran musulmanas en al-Andalus..." (Ibn Baṭṭūta, 757); y "Ojalá Dios el Altísimo conceda la victoria al Islam en la Península Occidental por medio de nuestro soberano, cumpliendo sus esperanzas de ganar las tierras de los infieles y de dispersar definitivamente a los adoradores de la cruz" (Ibn Baṭṭūta, 760).

<sup>115</sup> F. Janer, *Condición social de los moriscos de España*, 216, Madrid, Academia de la Historia, 1857; ed. fac. Barcelona, Alta Fulla, 1987.